

KVARKHIRA

El viento soplaba con fuerza en la extensa llanura. La ráfaga habría nacido en algún lugar muy al Este, y desde allí, sin nada que impidiera su paso, avanzaría hasta morir en las sombrías laderas de las Ephel Dúath. Bajo la fría luz de un sol que brillaba anaranjado en el horizonte, su ímpetu agitaba con fuerza los estandartes de un grupo de hombres que marchaba en silenciosa procesión hacia el Sur. Seis de ellos cargaban sobre sus hombros una vasta parihuela, en la que podía adivinarse el cuerpo de un hombre envuelto en fieltro de pies a cabeza. Otros cuatro hombres, montados en pequeños pero robustos caballos, guardaban las esquinas del grupo mortuorio. Portaban las banderas con orgullo, a pesar de tener que hacer grandes esfuerzos para mantener las astas rectas por la acción del viento. En la verde tela, un águila blanca flameaba con frenesí.

El jinete que cubría el flanco izquierdo de vanguardia, fue el primero en ver al pequeño grupo de hombres que se les acercaba desde el Oeste. A esa distancia no eran más que manchas titilantes en el horizonte, y la escasa luz apenas permitía distinguir si quiera su número. Pero por lo rápido que sus siluetas iban tomando forma, era evidente que venían al galope.

Avisó a los otros tres jinetes con un simple chasquido de la lengua, y los cuatro se pusieron rápidamente en línea, deteniendo sus monturas para hacer frente a la amenaza. El grupo que portaba la parihuela se quedó inmóvil detrás de ellos, con su carga aún en el hombro y las miradas clavadas en el suelo.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, descubrieron que se trataba de tres hombres que cabalgaban sin enseña. El jinete central iba ligeramente más adelantado que sus compañeros, y levantaba su mano izquierda en señal de parlamento. Aunque se trataba de una corte funeraria y las leyes de las llanuras los protegían de cualquier amenaza, los cuatro abanderados lamentaron en silencio no tener sus arcos de cuerno a mano.

-¿Quién eres, jinete? -dijo el primer abanderado dirigiéndose al hombre de cabeza cuando el grupo llegó hasta ellos. A esa distancia los pudo observar con detenimiento. A la izquierda de sus cinturas colgaban espadas de corta empuñadura, y de la silla de montar, en el lado opuesto, un arco desnudo pendía de un pequeño gancho. A esa distancia podía olerse la capa de grasa de oveja que cubría su cara y sus manos. Era costumbre entre los hombres de las llanuras, a los que alguien una vez llamó Variags, untarse esta grasa sobre la piel cuando llegaban los fríos del invierno o tenían previsto cabalgar durante muchos días. Los arroyos habían vuelto a fluir meses atrás, así que no cabía duda de que venían desde muy lejos.

-Mi nombre es Ugodei, caudillo de los kera' inos. Dime, ¿el que portáis es Baskan, caudillo de los raqkkheps? -el rostro del jinete, pardo y ennegrecido por la suciedad, no transmitía ninguna emoción. Era frío e inquebrantable, como las rocas solitarias que orgullosas se erguían del suelo en aquella parte de la llanura. Creían los Variags que esas rocas eran los restos que los dioses habían dejado cuando decidieron devorar las montañas, como las migas que caen sobre el regazo de un hombre cuando come pan. Y las llamaban raqkkhoro, migas en su antiguo idioma. No era extraño pues, que a la tribu que habitara esa zona se la conociera como raqkkheps.

-Tu nombre te precede, Ugodei -dijo el abanderado, poniendo rígido su cuerpo-. Cuentan de ti que eres una aberración, que siendo el primero de tus hermanos has tenido el arrojo de convertirte en el caudillo de tu tribu.

Los Variags tenían una creencia que era muy diferente a la de los Hombres de Occidente, que disponían a su primogénito como heredero de los títulos y posesiones de su padre. Los hombres de las extensas llanuras de Khand se reían de esto, y lo consideraban un acto de desesperación y debilidad al mismo tiempo, como si sus mujeres no fueran a dar a luz más hijos. Además, pensaban que la sangre de un hombre joven era muy diferente a la sangre de un hombre viejo. Así, un hombre joven engendraría a un varón orgulloso y lleno de ímpetu, un guerrero formidable. Sin embargo, un hombre viejo sería capaz de engendrar a un varón más reflexivo y sereno, más sabio y preparado para el mandato. Además, una de las lecciones que daba aquella extensa tierra polvorienta, cubierta de una fina capa de hierba sólo en los meses de primavera, era que la vida de un hombre y de toda su familia podía cambiar en un pequeño instante. De esta manera, mientras los primeros hijos de

los Hombres de Occidente nacían y crecían con la certeza de que iban a convertirse en los herederos de los logros de sus padres, los jóvenes Variags se criaban con la incertidumbre de saber si sus padres iban a traer al mundo un nuevo hijo que los destronara.

-Responde a mi pregunta, abanderado -dijo Ugodei sin alterar su expresión-. ¿Es ese el cuerpo de Baskan, de los raqkkheps?

-Así es. Y nosotros somos su compañía. Nos dirigimos a su enterramiento, y la ley de la Kvarkhira nos protege. Si tienes algo que tratar con los raqkkheps, habla con su hijo, Aretai, quien los lidera ahora en su campamento. Dispone de más de trescientos guerreros, y en su tienda le esperan cuatro mujeres.

Ugodei miró largo rato al cadáver envuelto de Baskan. A pesar de que el viento soplaba con furia, ni una sola fibra del sudario se mecía a su capricho. Los hombres se debatían cansados bajo la parihuela, con la mirada clavada en el suelo. Según las costumbres, ninguno de ellos podría volver a la tribu o sus familias serían masacradas. Portaban el cadáver del que fuera un caudillo, y cuando lo enterraran llevarían consigo el secreto de su ubicación. Abandonados a su suerte en la yerma estepa, lo más normal era que murieran de hambre y sed, o asesinados por los nómadas.

-Quiero verlo -espetó Ugodei, sereno. Sus dos acompañantes, que hasta ahora habían permanecido un paso por detrás, con sus caballos paciando tranquilos, se colocaron a su altura.

-Míralo cuanto quieras, kera' ino. Pero debes marcharte. Nos encaminamos hacia lo profundo de las estepas, a enterrar su cuerpo.

Ugodei desmontó de un salto, y los cuatro abanderados se miraron entre sí. Con el rostro sereno, se encaminó hacia el grupo de hombres que elevaba la parihuela. Cuando los abanderados se agitaron para cortarle el paso, tres de ellos recibieron una flecha en la garganta y cayeron desplomados del caballo. Las monturas, notándose sin jinete, se marcharon al trote embriagadas de una repentina sensación de libertad. El cuarto abanderado, el que se había dirigido a Ugodei, se había quedado petrificado. De alguna forma que no llegaba a comprender, los acompañantes de Ugodei, probablemente sus vasallos, habían vestido sus arcos, los habían cargado y habían disparado tres flechas con la rapidez de un pestañeo. Trataba de asimilar que se había quedado solo, mientras una cuarta flecha le apuntaba a los ojos preparada para ser disparada.

Ugodei llegó hasta el cuerpo notando el temor de los porteadores. Lo agarró por las piernas sin vida y lo lanzó al suelo. Ante el horror de la corte funeraria, rasgó el lino con gesto impasible hasta que descubrió el rostro cadavérico, con la mandíbula abierta enseñando los dientes amarillos y las mejillas hinchadas por la muerte. Los ojos, sin vida, casi caían dentro de las cuencas. Ugodei pensó que era más viejo de lo que él había previsto, sintiendo pesadumbre por haber dejado pasar tantos años. Había aguardado hasta que Moloi-Age fuera lo suficientemente mayor como para tensar un arco, pero el muchacho resultó ser un completo inútil para cualquier cosa que no fuera sollozar en un rincón. Nunca se ponía el sol sin que derramara alguna lágrima, rememorando los días en los que él y Ugodei tuvieron que dormir junto al cadáver de su padre, y los años en los que vagaron por las llanuras antes de ser acogidos por los kera' inos.

Terminó de retirar todo el envoltorio de fieltro sin ningún cuidado, zarandeando el cuerpo a un lado y a otro como si se tratara de un montón de ramas secas, mientras los brazos muertos y la cara golpeaban el suelo una y otra vez. El abanderado quitaba la mirada, rojo de furia, pero incapaz de airear su malestar ante semejante ultraje por temor a la flecha que le apuntaba. ¿Quién era aquel hombre cruel que liberaba a un cadáver de su sudario con la mirada impasible? ¿Qué clase de monstruo había nacido entre los kera' inos?

Después de arrancarle el lujoso vestido de caudillo, Ugodei arrastró el cuerpo desnudo de Baskan unos metros hacia el Norte, cogiéndolo por un pie. *Los perros salvajes ya deben estar oliendo tu putrefacción*, pensó, y sus ojos parecieron iluminarse con un fulgor victorioso.

-Vuelve al campamento -ordenó Ugodei al abanderado superviviente-. Lleva a estos hombres contigo, pues no han presenciado ni presenciarán enterramiento alguno. Di a Aretai lo que han visto tus ojos.

El abanderado, sabiendo que su vida ya no corría peligro entre aquellos guerreros porque había sido elegido para llevar tan terrible noticia a su pueblo, se arriesgó a mirar a Ugodei

desafiante y pronunciar estas palabras:

-Poco sabía de ti más de allá de tu ambición por gobernar a los de tu tribu a pesar de tener un hermano menor. Sabía que habías espantado a todos los nómadas a más de cien rasstoy de distancia, pero ahora sé que los has masacrado. Has quebrantado la Kvarkhira y te has mofado de un muerto, por lo que no obtendrás el perdón de los dioses. Pero ese hombre fue Baskan, caudillo de los raqkkheps, y por eso no obtendrás el perdón su pueblo ni el de su hijo. Aún aquí, bajo la atenta mirada de los cielos, digo sin temor que no sé qué venganza será peor.

Ugodei lo miró con indiferencia. Aquel hombre insignificante apenas sabía nada de sus logros militares, y hablaba de su ascenso al poder en el seno de los kera' inos. Pero eso fue hace mucho tiempo, y muchas otras cosas habían pasado en el Norte, junto a las riberas del Mar Interior. Las noticias parecían llegar tardías al Sur, tal vez porque sus tierras eran más cálidas y los hombres, aunque hubieran nacido en el Norte como era el caso de los raqkkheps, iban allí a engordar y buscar la paz. Baskan, ya no la encontraría.

Ugodei no quiso añadir nada a las palabras del jinete, y decidió terminar la conversación en aquel instante. A un gesto suyo, su vasallo liberó al fin la flecha que había cargado en el arco, y al instante se clavó en el muslo del abanderado provocándole un grito ahogado de dolor. El hombre y su montura se debatieron unos segundos, sorprendidos por el ataque. Tuvo que soltar el estandarte para mantener el equilibrio, y tan pronto hubo dominado a su caballo partió al galope por la meseta seguido a pie por los porteadores.

-¿Les seguimos, Ugodei? -preguntó el hombre que había soltado la flecha. Su nombre era Lukkhoi, su primer guerrero. A pesar de ser mucho más joven que él, Lukkhoi dominaba el arte de la arquería a la perfección. No sólo era capaz de acertar a un poni en un ojo a más de medio rasstoy, sino que fabricaba arcos de cuerno y madera mejores que los que hacían las mujeres más ancianas. No había saetas más rectas ni mejor emplumadas en todo el campamento que las que estaban en su carcaj, y se jactaba de cargar una flecha madre cada quince disparos en vez de cada diez, como era habitual.

-No -respondió Ugodei, rasgando la tela del estandarte-. Debemos galopar rápido hacia el Norte. Hörp dijo que los braand' olut estaban a un mes de camino, y no quiero hacerlos esperar.

El caudillo de los kera' inos alzó la bandera de Baskan por encima de su cabeza, y de inmediato se agitó frenéticamente al recibir el empuje del viento. Entonces abrió la mano dejándola escapar, y el pedazo de tela verde con el águila bordada salió volando a gran velocidad. Y hasta que sus ojos ya no pudieron distinguirla en la lejanía, siempre estuvo separada del suelo.

La luz de una lámpara de aceite titilaba en el interior de la tienda por la respiración de los dos hombres. El viento parecía haber dado una tregua justo en aquel instante, y las paredes de grueso fieltro habían dejado de agitarse. El chamán bebía un extraño brebaje preparado con hierbas y sangre de yegua, cuyos humeantes aromas llenaban el aire. Frente a él, Ugodei aguardaba con inquietud. No deseaba que el futuro que el viejo leyera en los huesos pintados le fuera revelado, pues él sabía que los dioses lo había abandonado hacía tiempo. Si estaba allí, era por acallar las voces del chamán, que se derramarían en forma de susurros acusadores por todo el campamento. Para sus hombres, crédulos de la obra divina, que su líder no respetara los designios del destino no era únicamente un terrible augurio, sino una falta de respeto hacia sus creencias. Ugodei dejó de creer en las tabas cuando ese mismo chamán que tenía frente a sí, predijo en tres ocasiones que él y su esposa Malkme engendrarían un varón, y en tres ocasiones se había equivocado. Cuando Malkme murió, presa de la Tos del Norte, tuvo que ir a raptar mujeres a las otras tribus. Ninguna mujer, por bella o fuerte que fuera, le pareció que podría recibir su semilla como lo había hecho Malkme, y jamás escogió una para otra cosa que no fuera calentar su lecho.

Más tarde, cuando se alzó en armas contra las tribus que tenían tratos con los Extranjeros que decían haber navegado las aguas del Mar Interior, procuró no conceder su legado a las mujeres

de sus líderes cuando los asesinaba. Según la manera variag, aquél que mataba a un caudillo recibía por derecho todas sus pertenencias, incluidas sus esposas, con las que debía copular frente al cadáver de su marido. De esta forma, cuando se nombraba a un caudillo, normalmente se acompañaba al nombre del número de mujeres que tenía en su tienda si eran más de una, porque esto representaba el número de caudillos que había conseguido asesinar.

El chamán por fin lanzó las tabas sobre la piel de un cordero, y ninguno de los huesos llegó a tocarse. Ugodei fingía interés inclinándose hacia adelante, como si él mismo estuviera intentando comprender lo que significaban las pinturas de los huesos, verdes aquí, amarillos allá.

-Combates en el Norte, Ugodei -comenzó a decir el chamán-, y hasta el día de mañana serás quien gobierne la llanura. Pero el poder está en el Oeste, más allá de las mesetas, donde un caudillo sin esposa ni hijos está doblegando a todas las tribus bajo una misma enseña, sin derramar una gota de sangre. Detrás de los picos sombríos, donde ruge la Montaña de Fuego.

Ugodei permaneció en silencio. Las tabas no podían hablar con semejante exactitud. Ese viejo habría escuchado algún rumor proveniente de algún mercader o algún viajero errante que a él se le habría escapado. Era imposible que hubiera otro caudillo como él, que quisiera unir a las tribus. Desde los remotos tiempos de los Aurigas, cuando se unieron a los Orientales y a los Hombres del Desierto, las tribus habían permanecido separadas, en disputa constante. Y aquellos tiempos no son recordados ni por los más antiguos chamanes. Sólo los bardos los cantaban muy de vez en cuando, y más que para recordar viejos momentos de gloria, para disuadir a los jóvenes de hacer la guerra con los Extranjeros. No podía creer que otro caudillo hubiera tenido la idea de unir a las tribus. Si era cierto, eso supondría que en algún punto se encontrarían Variags del Oeste y Variags del Norte, y se produciría una enorme carnicería.

De pronto, un nuevo pensamiento le sobresaltó. Si Aretai unía a sus raqkkheps a los de ese caudillo, formaría un ejército formidable y sería casi invencible. Sacudió esa idea de su mente, pero otra le asaltó de inmediato. Aretai jamás se uniría a otro estandarte. Su orgullo se lo impedía. Después de todo, aunque fuera por herencia, Aretai era el hombre de las cuatro mujeres, y jamás las entregaría sin luchar. ¿Y si ese caudillo acababa con él e impedía su venganza?

Ugodei sonrió. Su mente aullaba inquieta ante la noticia de un nuevo caudillo. Si lo pensaba con frialdad, sabía que Aretai ya estaba en camino hacia el Norte para darle caza, para vengarse por lo que había hecho con el cuerpo de su padre. Y él lo estaba esperando con ansia.

La idea le tranquilizó, pero la curiosidad por ese nuevo caudillo no se había calmado.

-Dame su nombre -preguntó.

-Los huesos no me cuentan su nombre, Ugodei el impaciente, pero a través de ellos puedo ver su estandarte. Esa imagen te llevará hasta él. Busca el Ojo Sin Párpado.

El caudillo reconocía que había sentido curiosidad. Ese viejo huraño le ocultaba algo y debía entrar en su juego de adivinanzas y acertijos para que se lo dijera. Sin embargo, cuando iba a continuar con aquella burda representación, interesándose por la imagen, el cuerno de alarma sonó con su claro sonido grave. Se acercaban unos jinetes.

Ugodei abandonó al viejo chamán de inmediato, y se dirigió hacia su tienda para tratar los pormenores. En el campamento, los hombres se preparaban para la batalla contra los braand' olut. Revisaban las costuras de su impedimenta una y otra vez, y no perdían ojo de los soldados que debían flanquearlos en la formación. El ejército de Ugodei se componía de buenos guerreros, la mayoría kera' inos, pero también había tarmanos, ekkelos y akhandos, además de un sinnúmero de tribus menores que no tenía caudillo o habían decidido esconderlo.

La mayoría de las mujeres cortaban las ramas de abedul tan rectas como podían, afilaban sus puntas y las emplumaban, para luego llenar los carcajes. A las más viejas se les destinaba las flechas madre, una flecha a la que estaba enrollada una cuerda de crin trenzado de una manera peculiar. Los arcos iban enganchados al costado de los caballos, y no tenían cuerda para evitar que se quedaran trabados con el conjunto de montura en el momento menos oportuno. Cuando el jinete sacaba el arco y lo cargaba por primera vez, cogía una flecha madre y enrollaba la cuerda entre las muescas de las palas con tres giros rapidísimos. Llamaban a esto *vestir* el arco. Al terminar con el último giro, la saeta quedaba en el punto exacto desde el que debía lanzarse. Como una cuerda de crin

soportaba alrededor de diez disparos antes de romperse por la increíble tensión del arco de cuerno, había que cargar el carcaj con veintisiete flechas normales y tres flechas madre.

El resto de las mujeres preparaba las tiendas de vanguardia con baldes de agua limpia y venda, además de cataplasmas de hierbas sedantes. Aunque bajo el mando de Ugodei los hombres se volvían más valientes y feroces, cuando el acero cortaba sus músculos o una flecha se clavaba en sus vientres, sus aullidos de dolor enturbiaban el ánimo de los que podían festejar la victoria. Y si la victoria no llegaba, no habría que preocuparse por eso.

Ugodei llegó a su tienda y ya le esperaban allí su hermano pequeño Moloi-Age, Lukkhoi y Jhendoere-Gen, hombre de confianza y hermano de Malkme, que había cabalgado a su derecha para impedir el enterramiento de Baskan y durante tantas y tantas batallas.

-Vienen jinetes, Ugodei. ¿Qué te ha dicho el chamán? -dijo Moloi-Age.

Ugodei ignoró la pregunta de su crédulo hermano. Estaba allí por el extraño vínculo que sentía por él, que sin duda estaba muy alejado de ser amor fraternal. Habían compartido momentos muy duros cuando eran niños y su padre quedó herido de muerte en aquella tienda. Ukgle, caudillo de los o'lkedsa, había retado a su padre en el campo de batalla y le había vencido. Su madre, Ohaoe, lo metió en la tienda para curarlo, pero las heridas eran mortales. Ukgle esperó durante cuatro días en el campamento a que su padre muriera para reclamar su mandato, pero un jinete o'lkedsa alertó a su caudillo de que su esposa había dado a luz a su tercer hijo, y debía bendecirlo según la Kvarkhira para que no cayera enfermo y muriera. Ukgle maldijo su mala suerte, pero marchó gritando que volvería a por la tribu en cuanto el padre de Ugodei muriera. Pero lo cierto es que la misma noche que entró en la tienda, hacía cuatro días, su espíritu abandonó la llanura para cabalgar con los dioses del cielo. Ohaoe, sabedora de las leyes que impiden a cualquiera entrar en la tienda de un caudillo sin su consentimiento, había decidido guardar en secreto la muerte de su marido en la lúgubre tienda, temerosa de lo que Ukgle le hiciera a sus hijos. Durante una semana más, después de que Ukgle se hubiera marchado, Ohaoe, Ugodei y Moloi-Age durmieron y vivieron junto al cadáver de su padre. Hasta que el nauseabundo olor se hizo insoportable.

-Son braand' olut -dijo Jhendoere-Gen, adivinando que Ugodei no contestaría a su hermano-. Bien, repasemos el plan. Abatimos a los jinetes antes de que lleguen, aunque indiquen parlamento. Los decapitamos, atamos los cuerpos sin cabeza a las sillas y dejamos que los caballos vuelvan a su campamento.

Lukkhoi lo miró, divertido.

-No -dijo Ugodei sin humor.

Era evidente que Jhendoere-Gen había intentado quitar tensión al momento, como tantas veces había hecho, pero por alguna razón, su caudillo no lo había encontrado oportuno en esa ocasión.

-No quiero nada de esos hombres. Puedes matarlos si eso te divierte. Pero mis intenciones con los braand' olut han cambiado -continuó-. Agjer ha leído los huesos, y me ha advertido de la presencia de otro caudillo en el Oeste, que está reuniendo a todas las tribus bajo un mismo estandarte.

-¿Y desde cuándo le haces caso tú a los chamanes y a sus huesos? -preguntó Lukkhoi, sorprendido.

-Desde que ignoran la lectura esquiva de los huesos para contarme lo que se murmura en las llanuras. Si hay un hombre reuniendo las tribus del Oeste, debemos temerle por lo que puede llegar a ser. Debemos ir a su encuentro y aniquilarle antes de que sea demasiado tarde. Si luchamos hoy aquí perderemos hombres, y los braand' olut perderán hombres también.

Un silencio incómodo llenó la tienda, que sólo se rompió cuando el joven Hörp entró de improviso.

-Mi señor -dijo a Ugodei-, son cuatro jinetes. Solicitan parlamento con el caudillo. Están a distancia de tiro. ¿Qué debo hacer?

-Tienes a los hombres pertrechados para la guerra. Están listos. Tú mismo los has visto -intervino Jhendoere-Gen.

Ugodei fingió no escucharle, y se dirigió a Hörp.

-Di a los guardias que puede entrar uno. Que los otros aguarden fuera del campamento. No les quitéis las armas a ninguno -todos quedaron boquiabiertos-. Tú debes viajar al Sur y luego al Oeste, hasta que en el horizonte se dibujen los picos sombríos que ocultan la Montaña de Fuego de la que habla Agjer. Ve sin enseña, finge ser un mendigo. Mira y escucha cuanto puedas, luego roba un caballo y vuelve a galope tendido hasta aquí para contármelo todo. Evita a los raqkkheps si te cruzas con ellos. Están avanzando hacia nosotros.

Hörp lo miró con los ojos desorbitados. Era normal que Ugodei confiara en él para misiones de exploración y que pasara muy poco tiempo en su tienda con su joven esposa. De hecho, sus amigos bromeaban con que si un día tenía un hijo, debía fijarse bien en si su rostro le recordaba al suyo, pues pasaba demasiado tiempo atendiendo los encargos de Ugodei. Pero lo cierto es que nunca lo había enviado tan lejos, ocultando su identidad. Y menos con una batalla en ciernes.

-Así se hará -asintió Hörp, que salió de la tienda de inmediato.

Los hombres volvieron a quedarse en silencio. Fue Jhendoere-Gen quien rompió el silencio.

-No sé por qué nos convocas, si sólo tú tomas las decisiones. Tienes a los braand' olut a medio día de camino listos para combatir, a los raqkkheps persiguiéndote desde el Sur, dices que un caudillo está reuniendo tropas desde el Oeste, ¿y tu solución es arriesgar tu vida en tu propia tienda concediendo parlamento a un emisario armado?

-Y enviar a nuestro mejor rastreador lejos de aquí -añadió Lukkhoi.

Ugodei no contestó. Se limitó a mirar la puerta de la tienda, esperando a que el emisario apareciera. Jhendoere-Gen se dio cuenta de que tenía que ser más agresivo si quería llamar la atención de su caudillo y amigo, aunque también sabía que traspasar el límite podía costarle la vida.

-Si te matan hoy aquí -continuó-, y te juro por la memoria de mi hermana que yo no pienso impedirlo, todos estos años de lucha habrán sido en vano. Has unido a todas las tribus a base de sangre y fuego, y cada hombre de ahí fuera espera un momento de debilidad para separarte la cabeza del cuerpo. Puede que todas las victorias que hemos conseguido endulcen su ánimo y aplaquen sus ganas de venganza, pero cada victoria sobre una tribu nueva les hace recordar que una vez ellos fueron derrotados y fueron obligados a servirte.

En el exterior de la tienda se oyó un acento extraño hablar con los guardias, que habían recibido correctamente las órdenes que Ugodei diera a Hörp. El emisario braand' olut había llegado. Jhendoere-Gen se detuvo a escuchar. Luego prosiguió en voz baja:

-Ninguno de nosotros somos tus hermanos, salvo ese idiota que nos mira asustado -dijo señalando a Moloji-Age-. Os acogimos como a un kera' ino cuando llegasteis hasta nosotros, más parecidos a perros salvajes que a niños perdidos. Ninguno de nosotros protestó cuando supimos que por vuestras venas corría sangre raqkkheps. Todos soportamos ver cómo asesinabas a nuestro caudillo sin otra razón que ganarte el amor de mi hermana.

La mención de Malkme provocó en Ugodei un brote de ira, y apretó los puños. Miró a Jhendoere-Gen con desprecio, preguntándose si el emisario braand' olut iba a decidirse a entrar en la tienda o tendría que salir él mismo y arrastrarlo dentro de una patada en el culo. Cuando Jhendoere-Gen cogió aire para seguir hablando, Lukkhoi hizo ademán de taponarle la boca. Sin embargo, no pudo evitar que estas palabras salieran de sus labios con furia, e incendiaran el corazón de Ugodei:

-Nadie será caudillo de esta tribu y se desatará el caos. No tienes herederos. ¡Todos desapareceremos luchando entre nosotros y tus hijas serán violadas y enviadas a la tienda del mejor postor!

Cuando la espada de Ugodei salió de su vaina con un sordo sonido para desafiar a Jhendoere-Gen, el emisario braand' olut penetró en la tienda de forma repentina.

Hörp corrió hasta su tienda, escuchando las acostumbradas burlas de sus conocidos por el camino. Por su prisa y su gesto apurado, todos sabían que volvería a marcharse. Pensó que no le apetecía ver la cara de su esposa cuando le dijera que tenía cabalgar hacia el Oeste, y concluyó que lo mejor era no decirle cuánto tiempo iba a marcharse. Cuando se preocupara por su ausencia y fuera a pedir explicaciones a Ugodei como tantas otras veces, se enteraría.

-Beoé, debo marchar a toda prisa -dijo al entrar.

Su esposa lo miró extrañada, aunque sin alterarse. Estaba terminando de machacar con las piedras la carne de cordero que había dejado secar al sol y al viento durante dos días. El polvo resultante podía guardarse en un pequeño zurrón y, cuando se le añadiera agua hirviendo, resultaría en un caldo muy apreciado por los exploradores y los jinetes que tenían que recorrer largas distancias y pasar frías noches a la intemperie. Ella, como mujer de un explorador, lo sabía muy bien. Cuando se reunía con otras mujeres a bordar y a preparar el tejido para las tiendas, confesaba estar cansada de machacar carne seca entre sus dos piedras y no tener nada para machacar entre sus dos piernas.

-¿Tardarás mucho en volver? -preguntó Beoé.

-No -respondió Hörp, mientras recogía dos odres de agua.

Beoé adivinó su mentira.

-Mientes. Vas a estar varios días fuera. ¿No vas a dedicarme ni un momento?

La mujer vio que su marido, además de los odres, cogía a toda velocidad un tarro de grasa de oveja, un abrigo largo que le cubría hasta las pantorrillas y un sombrero de pelo bien nutrido. Vio cómo buscaba en el baúl de madera que contenía su humilde armería, el arco más pequeño que pudo encontrar. Su furia inicial le fue abandonando, y se fue transformando en una profunda tristeza. Ruborizada, sintió cómo sus mejillas se ponían rojas y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-Hörp, vas a estar muchos meses fuera. ¡Me engañas como a una cría!

El hombre no dijo nada, y miró hacia el polvo de carne que ella había estado machacando.

-Las marmotas están cavando sus madrigueras muy abajo, preparándose para el invierno. Tú lo preparas con tu abrigo más grueso y tus pieles de carnero. Y sin embargo, planeas volver aún más tarde, cuando el deshielo se complete, porque las flechas que dispare ese arco tan pequeño sólo pueden estar destinadas a cazar marmotas. ¡Me voy a quedar seca, Hörp! Tal vez mañana o pasado ya no me baje la sangre, y entonces no seré capaz de tener hijos. ¿Es eso lo que quieres? ¿Una mujer incapaz de darte un hijo? ¡Por los dioses que cabalgan en el viento que les entregaré mi vida!

Hörp se detuvo un instante para observar a su mujer, sumergido en la pena. Sabía que estaba exagerando porque aún era muy joven y sería capaz de tener hijos durante muchos años más, pero era su desesperación la que hablaba por su boca. Sintió un nudo en la garganta, pero no se atrevió a demostrar su dolor. Sabía bien que si mostraba su debilidad, ella encontraría el camino para herirle más profundamente.

Mientras llenaba un zurrón con el polvo de carne, dijo a Beoé:

-Más de veinte mujeres murieron por la Tos del Norte el invierno pasado. Y este invierno lo harán otras tantas. Y eso es algo que Ugodei sabe muy bien. Si queremos dejar el Norte, si queremos ocupar nuestro lugar en la estepa y dejar de padecer el frío y el hambre, debemos seguirle. Si queremos dejar de ver a nuestras mujeres, a nuestros hijos y a nuestros caballos morir, debemos marchar al Sur. Voy a ver tierras teñidas de verde, de altas hierbas, cortadas por arroyos donde se agolpan los peces.

Beoé lo miraba con desconfianza, como adivinando la mentira que ocultaban sus palabras.

-Me hablas del Sur pero no es allí a donde te ha enviado. Vas al Oeste, ¿no es cierto? ¿Qué hay allí más que la muerte, Hörp? -gritó-. ¿Qué hay allí más que el horror?

-Leyendas, mujer -dijo Hörp, incapaz de negarlo-. Leyendas perdidas en la memoria de nuestros abuelos. Canciones estúpidas para mantener a los niños cerca de la tribu. Tienes miedo de canciones infantiles.

Beoé sintió la sangre calentarse en sus venas, y abofeteó a su marido con fuerza. Hörp la miró con desprecio, y salió de la tienda en silencio.

El cordero fue desprovisto de sus entrañas, y en su lugar se colocaron piedras calientes. De esta manera su carne se asaba desde dentro, así que el alimento se cocinaba sin levantar grandes humos que inundaran la tienda, e incluso la piel quedaba crujiente y sabrosa.

Begpe había preparado un delicioso festín para los invitados de su marido, caudillo de la tribu de los numerosos braand' olut. Había oído hablar de aquel hombre que tenía delante, y que no prestaba atención a la comida. Se decía que copulaba con las mujeres de los caudillos vencidos pero luego las degollaba, de forma que no se contaran en su nombre. *Ugodei*, repitió en su cabeza, *el que desafía la Kvarkhira*. Apartada del grupo de hombres, desde las sombras de la tienda, contemplaba el semblante severo de Ugodei con una turbia fascinación que le hacía estremecer.

Se decía que era despiadado, cruel con sus enemigos y férreo en sus convicciones. Había conseguido unir a golpe de espada a las tribus del Norte de la Gran Meseta, a excepción de los braand' olut. Todo su pueblo había temido que llegara este momento, pero al fin su marido había entrado en razón y había solicitado un parlamento de caudillos. Una batalla justo antes del invierno habría supuesto la destrucción de una de las dos tribus, pues el pillaje y la pérdida del ganado de la tribu vencida, la habría desprovisto de los víveres necesarios para enfrentarse a los duros meses que estaban por venir.

El primero en hablar fue Ugodei, al que rodeaban Lukkhoi y Moloji-Age.

-He hablado con tu emisario, al que has enviado antes que a ti. Me ha dicho que también te preocupa el caudillo del Oeste.

El caudillo de los braand' olut, que se hacía llamar Khandvatar-Ule, miró a Ugodei con cierta desconfianza, mientras mordisqueaba una pieza de cordero. Le extrañaba que fuera mucho más joven que él y hubiera conseguido tanto, y se preguntaba de dónde sacaba la fortaleza para alcanzar tantas victorias y tener semejante ejército a sus espaldas. Guardaban la tienda dos de sus mejores vasallos, y junto a él se sentaban Nanyu, el mejor espadachín que jamás había conocido, y su primo Akter, a quien había visto derribar a un yak de un único puñetazo.

-Conozco tu historia, chico -dijo Khandvatar-Ule, hablando con desparpajo-. Muchos piensan que eres un kera' ino, pero yo sé que perteneces al pueblo de raqkkheps. Fue un hecho lamentable que Baskan entrara en aquella tienda y descubriera el cadáver de tu padre. Y más aún que lo exhibiera a las familias como a un enemigo al que anhelara destruir. Ni siquiera respetó al caudillo de su propia tribu, maldita sea. ¿Es que ni siquiera queda ya lealtad en las estepas?

Los ojos de Moloji-Age se enrojecieron por las lágrimas y perdió la mirada en el cuenco de cordero. Al ver el manjar, su estómago rugió y se llevó un pedazo a la boca, animado nuevamente. Khandvatar-Ule lo percibió al instante y esbozó una sonrisa. Era una muestra de debilidad que Ugodei no podía permitir, y en ese momento decidió que *también* castigaría a su hermano.

-Baskan ha tenido su castigo -dijo Ugodei, sin demostrar emoción alguna.

-Tu madre lo hizo bien -continuó el caudillo braand' olut-. Os dio tiempo para escapar. Fue una suerte que los kera' inos os acogieran, y que tu sed de venganza los haya colocado al frente de las otras tribus del Norte. Salvo de los braand' olut, claro -sonrió-.

Nadie quiso seguir hablando. Durante un buen rato, los únicos sonidos que se escucharon en la tienda fueron los silbidos que emitía el estiércol al desinflarse en el fuego, y el tintineo que los útiles de cocina que manejaban las sirvientas de Begpe.

Khandvatar-Ule notó que su inicio de la conversación no había sido el apropiado, pero tampoco le importó. Después de todo, él era un caudillo y aquella era su tienda.

-Ahora estás dispuesto a enfrentarte a Aretai para recuperar a los raqkkheps -continuó-, pero es él quien marcha hacia ti. Si nosotros os presentáramos batalla, estaríais rodeados. Yo en el Norte y Aretai en el Sur.

-Hay tiempo para vencerte y prepararme para Aretai -interrumpió Ugodai.

Khandvatar-Ule pensó en mofarse del atrevimiento, pero la mirada de Ugodai era férrea, y

no le inspiraba confianza. Apenas conocía a su enemigo, y no sabía si podría controlar su temperamento. Después de todo, era un primogénito, y por todos era sabido que eran erráticos e impulsivos. Comprendió que debía abandonar las sutiles provocaciones y la retórica si quería avanzar en sus negociaciones. Aquel muchacho no parecía disfrutar con ellas, y por esta razón sabía que no iba a ser participativo.

-Voy a hablarte claro de una vez -dijo al fin el caudillo de los braand' olut-. Las tribus del Norte son más fáciles de domeñar, pues el frío de esta tierra deja sus músculos anquilosados, y sus estómagos vacíos son más fáciles de convencer para que participen en tus conquistas. Las tribus del Sur y las del Oeste no son así, muchacho. Y nosotros tampoco. No, los braand' olut no te seguirán para ayudarte a recuperar tu antigua tribu y convertirte en su caudillo, por la simple razón de que Moloi-Age es el verdadero heredero de tu sangre. Los braand' olut respetamos las leyes de la Kvarkhira.

El joven Moloi-Age, que roía un hueso de cordero con las manos llenas de grasa, se quedó mirándolos sorprendido de haber escuchado su nombre. De los invitados, sólo él comía con fruición y había estado ausente de la conversación hasta ese momento.

-Ahora bien -continuó Khandvatar-Ule-, no es mi deseo entrar en batalla. No, sabiendo los terrores que emanan del Oeste.

Ugodei frunció el ceño.

-Cuando te liberes de tu deuda con Aretai, nos uniremos a ti para luchar contra la sombra que allí se levanta. No comandarás a mis hombres, yo dirigiré un flanco. Pero cabalgaremos en la misma dirección. Y si fuera Aretai se cobra su venganza, será a él a quien me una.

Ugodei alargó la mano y tomó una taza de té. El amargo líquido le resbaló por la garganta hasta el estómago, y de pronto se sintió reconfortado. No lo había notado, pero tenía todos los músculos rígidos, como un árbol seco en los últimos días de invierno.

-Me alegra oír que desees ser nuestro aliado, aunque es el miedo y no el respeto el que te empuja a tomar esa decisión. No sé qué has visto en el Oeste, o qué te han dicho que hay allí. Tal vez nosotros hayamos estado demasiado ocupados uniendo a las tribus del Norte. Pero por ahora no me importa. Pronto las nieves del invierno cubrirán toda la llanura. Los primeros hielos empezarán aquí, en la tierra que pisamos, y mi pueblo y el tuyo pasarán hambre.

-Como cada invierno -interrumpió Khandvatar-Ule-. Esta tierra es así.

-Quédate tú aquí, deja que te aprisione tu miedo. Yo viajaré al Sur, mataré a Aretai, y desde allí partiré al Oeste para hacer frente a la amenaza que parece anidar en las pesadillas de los hombres. Y si por error o por acierto te apartas de mi camino, me llevaré a tu pueblo conmigo.

Las palabras de Ugodei eran duras, y más pronunciadas en el hogar de un anfitrión. Begpe, que no podía soportar la tensión, quiso abandonarles y salir corriendo hacia la tienda de alguno de sus hijos. No entendía por qué ellos no estaban aquí. Después de todo los había criado ella, así que eran mucho más cabales que su padre,. Temía que una acostumbrada salida de tono de Khandvatar-Ule provocara una matanza.

-Estás ciego mirando hacia el Norte, y tu sed de sangre se mueve contigo. He visto en el Oeste arder la Montaña de Fuego, y sus cenizas elevarse hasta oscurecer el sol. Monstruos alados vuelan entre las nubes y cazan a todo animal que se atreva a entrar en sus dominios, y los orcos se multiplican entre las Montañas de la Sombra. Y el Ojo. . .

-¿Orcos? -preguntó Ugodei, tratando de recordar si había una tribu con ese nombre-. No he escuchado ese nombre en mi vida.

-Porque no has vivido lo suficiente. Demasiado tiempo llevas en las llanuras, y demasiado poco en el mundo -sentenció Khandvatar-Ule-. Ya hemos dicho lo que hemos venido a decirnos. Estos son los términos de los braand' olut. Retírate ahora a consultar a los dioses y vuelve mañana con tu respuesta.

Ugodei no iba a esperar a mañana, su decisión estaba tomada.

-Veo ante mí la fuerza de mis tribus y la fuerza de la tuya. Y ahora que las tengo ante mis ojos, no voy a permitir que se me escapen, que el invierno las debilite o que una batalla las haga mermar. Dices que los braand' olut respetan las leyes de las estepas, y me insultas diciéndome que

no compartiréis mi campo de batalla contra Aretai porque no soy digno heredero.

Como la rapidez de un rayo, Ugodei sacó un pequeño puñal de su abrigo y lo clavó en el centro del pecho de Moloi-Age. Su joven hermano quedó paralizado por la sorpresa y el dolor, y miró a Ugodei con los ojos muy abiertos, tratando de comprender lo que estaba pasando. Mientras la vida se le escapaba, una pasta blanquecina de carne de cordero le resbaló desde la boca y le goteó pesadamente en el regazo.

Lukkhoi cerró los ojos con pesadumbre. Ninguno de los braand' olut movió un músculo. Sólo Begpe ahogó un pequeño grito llevándose la mano a la boca, y sus sirvientas se colocaron rápidamente junto a ella.

Ugodei, que lo había hecho todo sin dejar de mirar a su anfitrión a los ojos, sacó el puñal del pecho de su hermano muerto y la sangre brotó abundante sobre el humeante cordero asado. Mientras el cadáver de Moloi-Age caía sobre su costado, su asesino se puso en pie y arrojó el puñal a la oscuridad de la tienda, donde nadie pudiera alcanzarlo.

-Ahora, Khandvatar-Ule de los braand' olut ¿me seguirás como heredero legítimo?

Jhendoere-Gen era un guerrero corpulento, más hábil con la espada que con el arco, y no tan buen jinete como debería. Los kera' inos sabían que no era un tipo al que debían enfadar ni siquiera gastándole una broma, aunque él gustaba de hacerlas a quien se cruzaba en su camino.

Era un niño muy pequeño cuando vio a Ugodei y a Moloi-Age llegar a su campamento, con una costra de mocos secos bajo la nariz y los ojos enrojecidos de tanto llorar. Moloi-Age estaba famélico, y las mujeres le obligaron a beber leche de oveja y yogur a lametones, como si fuera un perro. Ugodei también era como un perro, pero salvaje. Hosco y silencioso, enseñaba los dientes si algún adulto le daba una orden. Despreciaba la comida que le daban pese a estar muerto de hambre, y prefería robarla cuando creía que nadie miraba. Sólo encontraba palabras para consolar a su hermano, que por aquella época no conseguía dormir más de dos horas sin ser asaltado por horribles pesadillas.

Cuando su viejo caudillo los aceptó en la tribu, Jhendoere-Gen sintió alivio en su corazón. Sentía franca curiosidad por aquel extraño niño ligeramente mayor que él, que parecía tan fuerte y decidido. Le seguía a todas horas, analizando con fascinación infantil cada uno de sus movimientos. Siempre con Moloi-Age, a todas horas. Más que su hermano mayor parecía su guardia personal, siempre desconfiado y con el ceño fruncido.

Recordaba divertido cómo su hermana Malkme lo había despreciado a él y a su hermano, criticando su suciedad y su comportamiento mezquino. A lo largo de los años, sólo habían cruzado miradas cargadas de asco y odio. Nadie podía sospechar, ni en sus más retorcidos sueños, lo que iba a pasar.

Porque el día en el que el anciano caudillo de los kera' inos murió de vejez y su hijo menor se hizo con el control de la tribu, el chico eligió a Malkme para que fuera su esposa. Ugodei le hizo frente inesperadamente. Hacer frente a un caudillo por una simple mujer era entendido por un Variag como algo ridículo, pero aun así, el orgulloso muchacho que había sido vomitado por las estepas sacaba su espada ante él dándole a elegir entre Malkme o la muerte.

Se rio al recordar cómo todos los kera' inos habían lanzado un grito de sorpresa cuando Ugodei clavó su hoja en las tripas del joven caudillo, matándolo al instante. Nadie sabía de dónde había sacado su fortaleza o dónde había aprendido a luchar aquel perro salvaje. Pero el caso es que Malkme se arrojó a los brazos de aquel muchacho al que siempre había despreciado, y que por amor a ella se había convertido en caudillo.

Con esfuerzo, tosió una carcajada. *Menuda era mi hermana, pensó. Ganara quien ganara, ella se habría convertido en la mujer de un caudillo.*

-¡Jhendoere-Gen!

La voz de Lukkhói le devolvió al lastimoso presente. Estaba atado fuertemente por las muñecas con una gruesa cuerda de crin trenzado que le había abierto heridas en la piel. Su cuerpo, desnudo, desafiaba la fría intemperie de la noche temprana castañeteando los dientes de forma incontrolada. Anclado a una pequeña roca de la que salía una anilla de hierro, se veía obligado a permanecer de rodillas en el fango, con el cuerpo inclinado hacia adelante hasta que la cabeza casi tocaba sus muslos, y los brazos completamente estirados. En esa posición, en la que llevaba dos días y una noche, esperaba a que Ugodei le perdonara por su ofensa.

-Lukkhói -dijo con debilidad-. Déjame tranquilo. Intento ponerme cómodo para pasar mi segunda noche.

-¿Has podido dormir? -preguntó el arquero.

-Sí, y he soñado con tu hermana -respondió, frotándose los labios con la lengua.

-Deja tus bromas, amigo. Más tiempo habrás de estar aquí. Ugodei no te dejará libre hasta que tus costillas se vean claras bajo tu piel.

-¿Eso crees? Ugodei me necesita para la batalla contra los braand' olut, le guste o no. Se tragará su orgullo inventando una excusa y vendrá a liberarme. Como hace siempre.

-No habrá batalla -espetó Lukkhói-. Ha habido un acuerdo entre los caudillos. Khandvatar-Ule cabalgará en la misma dirección que Ugodei.

Jhendoere-Gen profirió un profundo suspiro. Lukkhói continuó:

-Khandvatar-Ule no durará mucho como caudillo. Teme lo que ocurre en el Oeste. Ha hablado como un hombre loco, sobre sombras y fuego, y monstruos que surcan los cielos. Teme al invierno. Y también teme a Ugodei. Teme demasiadas cosas para ser un caudillo.

-Así que pronto seremos una sola tribu en el Norte -dijo Jhendoere-Gen con dificultad, notando cómo sus músculos le empezaban a doler con intensidad. Si intentaba cambiar de posición, tenía la impresión de que en las rodillas se le clavaban agujas, y de que los brazos se le iban a desencajar.

-La Gran Tribu del Norte. Para nuestra sorpresa, ha sido el propio Khandvatar-Ule el que propuso ese nombre, y para que nuestras diferencias quedaran olvidadas con el transcurrir de los años.

-¡Tiene miedo, en verdad! -respondió Jhendoere-Gen divertido-. Una Gran Tribu se forma en el Norte, una gran tribu se forma en el Oeste. Y mientras tanto, los raqkkheps, el pueblo al que pertenece la sangre de Ugodei, guerrea en el Sur con nómadas y avanza hacia nosotros para vengar el agravio de Baskan. Ajenos a todo. En medio de todo.

-Sí. No deja de ser gracioso -añadió Lukkhói-. La llegada del invierno les dará una tregua, quizás para perder más hombres en el frío. Acamparán al abrigo de una arboleda o un grupo de rocas, y con el primer deshielo se lanzarán sobre nosotros para entrar en calor.

-Pero lo cierto es que tendremos que aniquilarlos a todos. Temen a los dioses, y aunque arrastremos el cuerpo de Aretai por toda la llanura hasta convertirlo en un saco de hueso y carne, no aceptarán que un primogénito se convierta en su caudillo. Además, un caudillo debe . . .

-Moloi-Age ha muerto -interrumpió Lukkhói-. Lo ha matado Ugodei delante de mis propios ojos.

Jhendoere-Gen hizo un esfuerzo sobrehumano para mirarle a los ojos. Sabía que Lukkhói no le mentiría en algo como aquello, pero quería cerciorarse de que no se trataba de una broma macabra. Al encontrarse con la sobria mirada de su amigo, entendió que era cierto y dejó caer la cabeza hacia adelante. Aunque era uno de los guerreros más duros que había conocido la estepa, le había cogido cariño a aquel chico, y la noticia de su muerte le condujo al estado más parecido a la tristeza al que podía llegar. Pocos segundos después, sintió un arrebato de júbilo al darse cuenta de que el mismo hombre que había matado a su propio hermano no había sido capaz de acabar con su vida. En su lugar de eso, quiso castigarle recordándole quién de los dos era el perro al atarle desnudo a aquella roca.

-Ahora sé que llegará a ser el caudillo de caudillos, Lukkhói. Gobernará la estepa, y nosotros a su lado. No volveré a dudar de su destino. Gobernará a los braand' olut y después a los raqkkheps,

a pesar de aquello que Aretai posee por derecho propio y que muchos consideran la auténtica debilidad de Ugodei. Pero ahora sé que Ugodei no tiene debilidad alguna.

Hörp miró el cielo justo cuando el sol abandonó la línea del horizonte detrás de la cortina de nubes. *Hoy tampoco cabalgaré*, pensó. El dibujo de los densos cúmulos en el cielo le previno de una nueva ventisca, por tercer día consecutivo. Lo cierto es que los dioses se habían portado bien con él durante ese invierno y no lo habían enviado demasiado duro. De hecho, cuando encontró el campamento itinerante de los raqkkheps, se permitió dar un largo rodeo para limpiar su rastro en la nieve, en lugar de acercarse para robarles un caballo.

Su yegua era un magnífico animal y estaba resistiendo los embates del invierno con entereza. Él lo sobrellevaba peor. Jamás negaría que disfrutaba mientras cabalgaba. Se sentía dueño de la estepa, con el corazón de un niño que corría por primera vez sintiéndose libre, aunque siempre atento por si aparecía algún rastreador o algún nómada pendenciero. Pero cuando llegaba el momento de descansar, cuando preparaba la pequeña tienda unitaria y encendía un diminuto fuego, sentía calor en las mejillas al recordar a Beoé. La imaginaba como siempre, rodeada de su madre y sus hermanas, maldiciéndole por su ausencia con su incansable cotorreo. La imaginaba pasando las frías noches de invierno en soledad. O quizás no, como decían las habladurías.

De pronto, vio que su yegua golpeaba la nieve para despejar el suelo. Estaba buscando comida, y se preparó para lo que venía a continuación. Entró en la tienda a toda velocidad y cogió su sombrero de cuero forrado de piel. Lo puso tras la cola del caballo y esperó. Tras pocos minutos, el animal empezó a defecar. Hörp recibió las heces con una sonrisa. Había llegado a tiempo de evitar que se empaparan en la nieve. En unos minutos, cuando se secaran al viento, podría volver a calentarse.

Al contrario que las hogueras de los Hombres de Occidente, los fuegos de los Variags no se nutrían de ramas. Los escasos árboles que crecían en la llanura eran utilizados para ser desprovistos de ramas, y con ellas elaborar arcos y flechas. De hecho, consideraban que usar leña para alimentar el fuego era poco más que un desperdicio. En su lugar, los Variags utilizaban estiércol de caballo y oveja.

Hörp consiguió prender las heces con cierta dificultad. No ayudaba la ausencia de sol, y estaban algo húmedas todavía. Pero aún así, conseguiría tener fuego durante unas horas.

Cuando se desencadenó la ventisca fuera, ya tenía el caldo de carne listo. Se acercó el líquido humeante a los labios con cuidado de no quemarse, y dejó que su olor lo reconfortara. ¡Cómo añoraba su hogar y a Beoé!

Mientras comía pensó en lo que había visto en el campamento raqkkheps. Habían detenido su avance hacia el Norte junto a una grupo de colinas desnudas para ampararse del viento. Toda la tribu se desplazaba, no sólo los guerreros. Llevaban consigo a las familias, con sus caballos, sus mujeres e hijos, y un sinfín de carros cargados de víveres y enseres. Se imaginaba que la mayoría de ellos no estaría contento, viajando al Norte en pleno invierno para presentar batalla a su término, justo en la época de empadre. *No saben lo que les espera*, pensó. *Ugodei los masacrará.*

Un ruido lo alertó en el exterior. El viento y la nieve golpeaban con fuerza las paredes de fieltro de su tienda, pero aún así le pareció distinguir un gruñido que no provenía de su yegua. Apuró el caldo y tanteó su cintura en busca de su pequeña espada.

Los exploradores Variag acostumbraban a cavar un hueco bajo la tienda, en la pared más alejada de la entrada. Dejaban allí la tierra blanda para poder despejar el hueco y escapar

rápidamente en caso de ser emboscados. Tal vez aquello no fuera una emergencia, pero su sexto sentido le advertía de que lo sensato sería deslizarse por él.

Cuando sacó la cabeza y rodó fuera, la nieve le golpeó la piel con fuerza, abriéndole una herida justo encima de las cejas. Miró rápidamente alrededor, casi uniendo los párpados para evitar que el viento le llenara los ojos, y sólo vio a su yegua. No se había tumbado junto a la tienda como solía hacer cuando llegaba una borrasca, y se mantenía erguida, con las orejas apuntando a todas direcciones y las cuatro patas bien rectas.

También lo has oído, pensó Hörp.

El humo de su hoguera, que salía por un pequeño hueco en la parte superior de la tienda en forma de hilillo, era arrastrado rápidamente con el viento blanquecino y se confundía en el aire. Fuera lo que fuera habría notado su olor, porque ver el humo era imposible.

Hörp pensó en lobos. Después de todo era invierno, y en esa época solían bajar de las montañas. De pronto cayó en la conclusión de que se había puesto a favor del viento, y maldijo su error de novato. A pesar de la ventisca, habrían olido el caldo de carne con toda seguridad.

Arrodillado junto a la caseta, pensó que los segundos parecían horas. Miraba a su yegua, pues sabía que debía confiar en sus sentidos, que eran mejores que los suyos. El animal presentía el peligro pero no conseguía localizar de dónde venía. No dejaba de resoplar, y tenía las patas rectas como troncos de alerce. Pensó que, si realmente eran lobos, ya estaban perdidos. A esas alturas, ya estarían rodeados. Mataría a dos, tal vez a tres antes de que el cuarto o el quinto le arrancara la garganta de un mordisco.

Tratar de saltar sobre la grupa de su caballo tampoco le ayudaría. Los lobos estarían esperando una ocasión en la que revelara su posición, y ellos eran más rápidos. Allí, escondido entre la pared de su tienda y las rocas, con su propio olor enmascarado por un fuego alimentado con heces y el caldo de carne, tendría una mínima oportunidad. *Beoé*, pensó, embargado por la pena.

De pronto, su yegua resolló con fuerza y flexionó las cuatro patas a la vez para ponerse al galope. Hörp apenas tuvo tiempo para ver la enorme criatura que se encontraba ante el animal, blanca, similar a un oso de las montañas, pero sin pelo en el cuerpo. Como surgida de la nieve, la bestia anticipó la huida de la yegua con un terrible rugido, y con un golpe de su puño partió la espalda de la montura. Mientras daba patadas en el suelo, relinchando sin parar, la monstruosa aparición dio un pisotón a su cabeza y todo quedó en silencio, con la nieve teñida de rojo alrededor.

Hörp asistía aterrorizado a la escena, completamente paralizado. Observó a la bestia mientras devoraba a su caballo, arrancándole las patas para roer hasta el hueso como si fuera una pieza de cordero cocinado. Su piel era tosca y seca, con la apariencia de los pedregales que se extienden por la llanura cuando en los veranos más calurosos se secan los arroyos. Su color blanquecino lo hacía confundirse con la nieve, pero ahora, mientras engullía los pedazos de lo que antes fuera su montura con sus afilados dientes, se había vuelto carmesí.

El pequeño explorador trató de controlarse, y dio un primer paso en dirección opuesta a la criatura. A pesar del frío, notó que sudaba de forma desmedida. La espada casi se le resbalaba de las manos.

Dio dos grandes pero silenciosas zancadas y se colocó tras una roca, donde ya no podía ver a su brutal asaltante. Se tomó un segundo para examinar el terreno. La nieve y el viento apenas lo dejaban ver, pero creyó distinguir un pequeño conjunto de cembros a la izquierda. Si conseguía llegar hasta ellos, su olor quedaría oculto por su posición con respecto a la dirección del viento. El monstruo devoraba los restos de su yegua con apurada rapidez, así que no había tiempo que perder.

Salió corriendo sin mirar a su derecha cuando pasaba a la altura de la bestia. El miedo hacía que las piernas se debatieran adelante y atrás sin mucho acierto, y más de una vez pensó que se caería de bruces.

Cuando llegó a la arboleda, miró hacia atrás y vio con alivio que la criatura, deleitada por la carne de la yegua, no había notado su carrera. Asistió aliviado a cómo la ventisca cubría su rastro en la nieve casi al instante.

Aguardó en esa posición un momento. No podía creer lo que estaba viendo. Quizás no fuera tan buena idea que Ugodei guiara a las familias hacia el Sur, si *animales* tan malignos erraban por

esas tierras. Se fijó en cómo la bestia, una vez hubo terminado su banquete, levantaba su tienda con una mano. Pisó la hoguera como si fueran ascuas agonizantes, y comenzó a rebuscar entre sus pertenencias.

No es un animal, pensó horrorizado. Los animales temen al fuego.

Hörp comenzó a correr alejándose de su enemigo tanto como pudo. Primero corrió al Norte, luego creyó ir al Este, y más tarde no supo hacia dónde corría. La ventisca remitió con la llegada de la noche, pero él no quiso detenerse. No quiso frenar su marcha hasta que las primeras luces del nuevo día alumbraron en el horizonte. Llegado ese momento, presa del agotamiento por el tremendo esfuerzo, cayó de bruces en la nieve. *Un Variag no es nada sin su caballo, pensó.* Y la luz de la consciencia le abandonó.

No supo cuánto tiempo estuvo tumbado sobre la nieve, pero cuando despertó ya no cubría el suelo. Quiso moverse, pero su espalda parecía hecha de madera inflexible. Movié los dedos de las manos y los pies, y suspiró aliviado. *Sigo vivo, pensó. Beoé, espérame.*

Los pasos de un hombre llegaron hasta él. Apenas podía mover el cuello y sólo podía verle las botas, pero eso le bastó para saber que se trataba de un nómada.

Los nómadas Variag eran gentes extrañas, solitarias, que habían sido expulsados de las tribus o habían decidido vivir alejadas de ellas. No pastoreaban, y subsustían cazando marmotas hasta otoño, y del robo de ganado en invierno. Aun así, su vida no era muy larga. Todos sabían que en las llanuras, la tribu era la única forma de asegurar la supervivencia.

-Amigo -dijo la voz, con un acento que Hörp no había oído en toda su vida-. ¿Entiendes lo que te digo?

-Sí -respondió Hörp con dificultad.

-Bien. No sé qué haces ahí tirado, pero al saberte con vida acampé aquí.

Unas manos le agarraron por las axilas, y lo obligaron a incorporarse. Al principio sintió gran dolor en la espalda, pero pronto sus huesos parecieron ajustarse y pudo mantener el equilibrio.

El hombre que lo ayudaba no tenía los rasgos Variag. Su tez era blanca como el queso de cabra, y sus redondos ojos azules no eran alargados como los suyos. Vestía ropas de invierno, pero le resultaban extrañas. Pensó que probablemente sería un Hombre de Occidente, un temerario extranjero de aquellas tierras. Sus palabras y gestos eran amables, pero Hörp podía percibir un aire siniestro en su mirada.

Levantó la vista para ver dónde se encontraba y notó que, para su regocijo, seguía en la llanura. La nieve había desaparecido bajo sus pies, y el viento soplaba suave. Si no fuera por aquellas nubes negras que cubrían el horizonte y casi bajaban hasta la tierra anunciando una nueva borrasca, diría que el deshielo ya había llegado a las tierras del Sur.

-Ven -dijo el hombre-. Tengo algo de leche de yegua fermentada. Te ayudará a entrar en calor.

-¿Tienes jamis? -dijo Hörp-. Pensé que eras extranjero.

-Y lo soy -dijo el hombre-. Pero llevo demasiado tiempo en estas tierras y he aprendido vuestras costumbres.

Hörp y el extranjero se sentaron junto a la hoguera. Una rápida mirada del explorador situó todo lo que había en el campamento en su mente. Un carro bien cargado de fardos, con un macho cabrío joven atado a un extremo. Junto a la tienda, un caballo robusto parecía tranquilo. Pensó en robarlo, pero aún se encontraba demasiado débil. Ya habría tiempo de continuar su misión.

El tiempo era agradable y la hoguera, hecha con leña, estaba montada en el exterior de la tienda. Una vez que Hörp hubo tomado un buen trago de jamis, el extranjero habló:

-Bien, iniciemos las presentaciones. Mi nombre es Mankale. Suelo recorrer la estepa desde aquí hasta las tierras de Harad, comerciando y trocando cuando la moneda no es bienvenida. La verdad es que cada primavera me atrevo a llegar algo más al norte. No puedo evitar mi vena aventurera.

-Mi nombre es Hörp. Vago por las estepas del Norte. Dime, ¿comercias con las tribus?

-¿Tribus? No, con las ciudades. Creo que hace mucho tiempo que no pasas por aquí, Hörp.

Pero dime, ¿qué hace un nómada de tierras donde aún no ha terminado de caer la nieve sin su caballo? No pretenderás decirme que has venido hasta aquí a pie y desarmado.

Hörp se quedó pensativo un instante. La imagen de su montura devorada por aquel monstruoso ser se formó vívida en su mente. Además, las palabras del extranjero le hicieron caer en la cuenta de que en la huida había perdido la espada.

Una ráfaga de viento les golpeó la cara, e hizo que las llamas se tumbaran. Hörp temió que anunciara la llegada de una nueva ventisca.

-Sigamos hablando dentro -dijo al fin, señalando la tienda.

-¿No estás cómodo aquí? -preguntó Mankale con cierta desconfianza.

-No quiero verme envuelto en otra ventisca. El viento está arreciando.

-Tranquilo, amigo. Hace ya varios días que acabaron las ventiscas.

-Lee en las nubes -dijo Hörp, señalando al Este con la cabeza-. Son negras como la noche y llegan hasta la tierra. Se avecina una tormenta.

Mankele guardó silencio un instante, y miró fijamente a Hörp.

-Negras son, querido Hörp. Pero no llegan hasta la tierra, llegan hasta el cielo. Porque lo que ven tus ojos no son nubes, ni una tormenta que se acerca. Son las oscuras laderas de las Ephel Dúath. Las Montañas de la Sombra.

Hörp se quedó petrificado, admirando las escarpadas paredes que cubrían el horizonte. Había oído hablar de esas montañas, pero pensaba que serían parecidas a las elevaciones que fragmentaban la estepa por el Oeste. Aquella cordillera majestuosa no tenía fin, y sus picos triangulares no podían dibujarse en el cielo porque se mezclaban con las nubes.

Había llegado al Oeste. No sabía muy bien cómo, pero allí estaba. Sintió alivio por haber alcanzado las fronteras del País de la Sombra, pero también pena, pues eso le alejaba más de su familia de lo creía.

-No es un sitio agradable al que ir. Ya no, si alguna vez lo fue. La Torre Oscura vuelve a levantarse y los hombres han sido expulsados de allí. Sus heraldos reúnen guerreros de todas las razas bajo el estandarte de El Ojo aquí en el Este, llevando a sus huestes el mandato del terror y la violencia en lugar del honor y la gloria. Y no son distintos a los orcos. Algo se está fraguando en las entrañas del Amon Amarth, y no hay rastro de bondad en ello -el mercader sacudió la cabeza y se volvió al explorador, que lo miraba aturdido-. Dime cómo perdiste a tu caballo.

-Fui atacado durante una ventisca -dijo al fin-, por una criatura grande como un oso pero más fuerte, con la piel semejante al carbón de una hoguera fría. Mató a mi caballo y yo huí sin saber a dónde. El destino me condujo hasta ti.

-No hay criaturas semejantes en estas tierras. Me da miedo pensar en lo que la soledad y la ventisca hacen a la mente de un hombre -respondió Mankale con aire desconfiado.

Hörp lo miró en silencio. El hombre pareció despertar de una ensoñación perturbadora, y su voz pareció menos sombría cuando continuó hablando:

-A pesar de tu aspereza, tus modales te delatan. No eres un nómada. He visto muchos en mis viajes, y no son muy diferentes a los perros salvajes. Tal vez la ventisca haya nublado tu recuerdo -dijo en tono burlón-. ¿No serás acaso parte del séquito de ese caudillo que ha venido del Este?

Hörp sintió un súbito golpe de horror, y fue incapaz de ocultarlo ante el desconocido.

-He dado en el clavo, ¿no es cierto? -preguntó Mankale, divertido al pensar que había descubierto una mentira.

-Tienes razón, no soy un nómada. Pero tampoco formo parte del séquito de ningún caudillo. Dime, ¿cómo se hace llamar ese que vino del Este? ¿Cómo de grande es su compañía?

-Apenas cuatro carros, con familias y víveres, supongo, además de una pequeña escolta de no más de veinte hombres. Desconozco su nombre, pero sé que es un caudillo porque en sus lanzas, los hombres lucen estandartes. Un águila blanca de las estepas sobre los verdes campos de primavera.

Los tres exploradores llegaron hasta Ugodei antes de que la niebla matutina hubiera dejado de lamer las colinas. Los hombres anunciaron que el deshielo ya se había completado, y que se podía cabalgar hasta los raqkkheps sin riesgo. El campamento enemigo, por otra parte, parecía aguardar la llegada de las marmotas para prepararse para la guerra, pues aparte de unos pocos guardias, no había nada que hiciera pensar que estaban listos para el combate.

Al oír las noticias, Ugodei convocó su consejo habitual, con Lukkhoi y Jhendoere-Gen. Khandvvatar-Ule, que iba acompañado de Nanyu, ocupaba el lugar que había dejado Moloi-Age.

Los guerreros, que se habían pasado el invierno cavando trincheras y empalizadas para prevenir la llegada de los raqkkheps, recibieron la orden de prepararse para el ataque. Las mujeres corrían tras ellos para trenzarles el pelo, mientras los niños llenaban los carcajes de flechas emplumadas y les ajustaban los quijotes de mimbre al muslo.

Sólo el propio guerrero podía elegir qué armas iba a usar para una batalla, y seleccionaban cuidadosamente la espada y el arco de su colección personal. Cada pueblo que formaba el ejército de Ugodei tenía sus preferencias.

Los tarmanos, por ejemplo, gustaban de elegir arcos más rígidos para cargar flechas más gruesas. Estas flechas servían para derribar a los caballos de sus enemigos, pero las otras tribus se burlaban de ellos diciendo que su escasa puntería les obligaba a apuntar al bulto mayor.

Los ekkelos, por el contrario, llevaban arcos grandes pero con poca tensión, pues gustaban de lanzar las flechas bien alto para que cayeran como una lluvia sobre sus enemigos. Esto les daba tiempo a desenvainar su arma favorita, una espada con la hoja ligeramente curva a la que llamaban mehek.

Akhandos y kera' inos, así como el resto de las tribus menores, llevaban espadas más cortas y robustas, y arcos de cuerno igual de válidos en cualquier distancia. Sólo los primeros gustaban de llevar a la espalda un escudo de mimbre anudado, por el miedo que decían tener a que un enemigo los abatiera por detrás. Les atormentaba desconocer la identidad de su asesino, porque no podrían mandar a sus espíritus desde el más allá en busca de venganza.

En la tienda de Ugodei, los aliados debatían los pormenores del asalto. Jhendoere-Gen parecía no haber aprendido la lección, y todavía débil después de dos semanas de castigo a la intemperie, hablaba con atrevimiento. Todo estaba decidido, a excepción del momento en el que debían cesar la ofensiva. Ugodei exigía que las tropas se reagruparan cuando Aretai fuera muerto, herido o capturado, pero Khandvvatar-Ule ladraba que eso provocaría muchas bajas entre sus filas innecesariamente, y la lucha debía alargarse hasta que el ímpetu de los raqkkheps descendiera. Ugodei quería evitar que el pueblo de su sangre fuera masacrado innecesariamente, mientras Khandvvatar-Ule no quería sino evitar que el número de guerreros a las órdenes de Ugodei creciera demasiado.

El ardiente debate lo zanjó Jhendoere-Gen desenvainando la espada. Nayna hizo lo propio, y los dos caudillos dieron un paso atrás.

-¡Los raqkkheps ya nos han vencido, y aún no nos han visto la cara! -gritó.

Lukkhoi miró a su amigo con lástima, previendo un nuevo castigo después de la batalla.

-Tu vasallo tiene razón -dijo Khandvvatar-Ule-. Es ésa la cordura que uno espera de los que están a su lado cuando la propia parece fallar. Mientras hablamos, tal vez ellos hayan mandado exploradores hasta nosotros y se estén preparando también. El tiempo cuenta a nuestro favor y debemos aprovechar esa ventaja.

Ugodei no respondió, pero Jhendoere-Gen volvió a envainar la espada, seguido de Naynu.

-Está bien -concluyó el caudillo de los braand'olut-. Éste es el trato. Yo cabalgaré en tu flanco, y ten por seguro que ningún raqkkheps sobrevivirá a él. Pero no traspasaré sus líneas y me internaré hasta el centro.

-¿No estamos, por cierto, muy seguros de nuestra victoria? -añadió Lukkhoi, pero nadie pareció escucharle.

-La cabeza de Aretai es mía -ladró Ugodei, previendo el fin del consejo y el ataque

inminente-. Si por alguna razón cae en tu flanco, haz sonar el cuerno y cabalgaré hasta allí para decapitarlo, si aún tengo caballo bajo las piernas. Y si no, serás mis piernas las que me lleven hasta él lo más rápido que puedan.

-Que así sea -asintió Khandvvatar-Ule-. El hijo de Baskan será tuyo.

El grupo salió de la tienda y se lanzó hacia donde les esperaba el ejército. Más de tres mil jinetes aguardaban las órdenes de sus capitanes, que en ese momento las recibían de Lukkhoi, Jhendoere-Gen y Naynu.

Pese a ser una de las grandes tribus del Sur y contar entre sus filas con guerreros de los o'lkedsa, Ugodei sabía que su ejército era superior en número a los raqkkheps. Sabía que cometía un error táctico al atacar su campamento, pues sus posiciones defensivas les daban ventaja. Pero el factor sorpresa de su ataque equilibraba la balanza.

No se fiaba de Khandvvatar-Ule, pero cabalgando a su derecha lo tendría controlado. En secreto, había ordenado a Lukkhoi disparar una flecha contra el mismísimo caudillo si advertía que los braand' olut se quedaban atrás en la carga. No podía arriesgarse a que estuvieran de algún modo aliados con los raqkkheps y sus tropas se vieran rodeadas por dos ejércitos.

Ugodei ocupó el mismo centro de la línea a lomos de su caballo, e hizo sonar el cuerno. A cien cuerpos a derecha e izquierda se escucharon las réplicas y, como un trueno, los jinetes dieron un paso al frente. Luego otro, seguido de otro más, hasta que pusieron a sus monturas a medio galope. En poco menos de una hora, Ugodei estaría en mitad de una batalla, dispuesto a recuperar lo que le había sido arrebatado.

Los raqkkheps formaron una línea defensiva curva alrededor de las tiendas en cuanto escucharon la señal de los vigías, que alertaban de la llegada del enemigo. Volcaron los carros aún cargados con los fardos de sus pertenencias para fabricar improvisadas barricadas, y los dispusieron en zig-zag delante de sus líneas, para que los kera' inos no pudieran cargar de frente.

Antes de marcharse del campamento, Aretai les había dado instrucciones de mantenerse firmes allí, con la promesa de que estaría de vuelta con el deshielo. De cualquier forma, había dicho, los kera' inos estaban aún muy lejos al Norte y no presentaban una amenaza. La verdad es que había mentido en todo. No sólo los había dejado solos ante su asesino: los había enviado a él.

Habían esperado que algún pequeño grupo de exploradores los molestara, pero jamás pensaron encontrarse frente a semejante ejército. Ahora pagarían las consecuencias.

Los primeros jinetes raqkkheps salieron del campamento por los flancos, para hacer que el grueso del ejército de Ugodei tuviera que converger en el centro, en la zona de las barricadas. Sin embargo, los akhandos y los braand' olut todavía los esperaban a cada lado.

Khandvvatar-Ule no se atrasó, es más, clavó los espolones en su montura para adelantarse casi un cuerpo y ser el primero en golpear el flanco izquierdo del enemigo. Sus vasallos, orgullosos, imitaron su valor y le siguieron, y a estos el resto de los braand' olut. El choque en el flanco derecho del ejército de Ugodei, fue atronador. Y no se disparó ninguna flecha.

En el flanco izquierdo, que podía alargarse tanto como larga era la misma llanura, los jinetes akhandos se levantaban sobre sus rodillas a lomos de sus monturas para lanzar una descarga de flechas tras otra. Los jinetes raqkkheps hacían lo mismo, pero su puntería era peor y provocaban menos muertes en su enemigo.

Al ver el valor de Khandvvatar-Ule, y temiendo por su vida, Ugodei ordenó a Lokkhoi que apoyara el flanco izquierdo. Buscaba con avidez el estandarte de Aretai entre las líneas enemigas, pero no lo encontraba. Desesperado, dio la orden de galope tendido y el grueso del ejército se lanzó contra el campamento por el centro, ignorando los obstáculos.

Los jinetes se ensancharon bien, y las improvisadas defensas de los raqkkheps no fueron capaces de frenarlos. Jhendoere-Gen, a la cabeza de los ekkelos y de un pequeño destacamento de

kera' inos en la misma vanguardia, penetró entre sus líneas hasta que la multitud tuvo que detener forzosamente los caballos. Para un militar, ver a Jhendoere-Gen blandir su espada dando muerte a sus enemigos resultaba inspirador. Era como una macabra poesía que pareciera no tener fin, cuyos versos se escribían con bellos trazos de sangre en lugar de tinta, y la afilada hoja de su espada se convertía en la pluma del más diestro escritor. Rugieron los ekkelos al verle luchar de este modo, y sus espadas curvas se agitaron sobre la masa de hombres. Y la misma tierra tembló bajo sus pies.

Ugodei dirigía al grueso de los kera'inós, que acudían para terminar el trabajo que los tarmanos habían empezado, derribando a los jinetes con sus toscas flechas al disparar contra sus monturas. Los precisos tajos de la caballería de Ugodei cercenaban miembros y cabezas con una precisión macabra, y pronto se encontraron completamente bañados en la sangre de sus enemigos.

Notando el frenético latido del corazón de su animal bajo sus piernas, y viendo que parte de los raqkkheps habían abierto un hueco en sus líneas, Ugodei ordenó a un destacamento que lo acompañara al interior del campamento.

-¡Aretai, hijo de Baskan! -gritaba-. ¿Dónde estáis tú y tus trescientos vasallos?

Una flecha se clavó en su hombro, y otra en el cuello de su caballo, pero habían sido lanzadas sin fuerza, probablemente por mujeres, y no habían penetrado en exceso.

Bramaba el combate tras de sí, cuando una anciana salió al encuentro de Ugodei, amenazándole con un cuchillo de esquilar en las manos temblorosas. El caudillo tiró de riendas, desconcertado, y su caballo se puso a dos patas profiriendo un relincho de dolor.

-¡Largo de aquí, monstruo! -gritó la anciana-. ¡Aretai no está aquí, ni lo está ninguna de sus posesiones!

Ugodei escupió al suelo y se limpió la boca de sangre ajena para no ahogarse antes de hablar.

-¿Dónde está ese cobarde? -rugió.

-¡Marchó al Este! ¡Déjanos en paz! -lloró la anciana.

Ugodei clavó los ojos en el suelo y mantuvo silencio. La batalla remitía por fin en violencia. Muchos raqkkheps se tendían de rodillas en el suelo en señal de rendición. Muchos otros, los que más, ya habían abandonado la vida. Sólo Jhendoere-Gen seguía matando sin cuartel, cercenando miembros y decapitando guerreros e inocentes, imbuido de su incontrolable furia habitual. Su actitud, salvaje e inmisericorde habría complacido a Ugodei si no hubiera sido porque, en ese preciso instante, se había dado cuenta de que había caído en la trampa de Aretai.

-¡Ugodei! -gritó Nanyu a su lado, sacándolo de sus sombríos pensamientos-. Hemos ganado el flanco, ¡pero Khandvatar-Ule está herido!

-¿Es grave? -preguntó el caudillo, sin mostrar ningún sentimiento.

-De muerte -sentenció Nanyu con solemnidad.

Ugodei bajó la mirada, pero al levantarla, al encontrarse con los ojos de la primera espada de los braand' olut, su gesto era salvaje. Comprendía que la suerte le había convertido en su caudillo.

-Reclamaré sus posesiones. Traed a Begpe ante mí. No habrá canciones esta noche.

Con la llegada del otoño, las tribus llegaron al Oeste, al pie de las Ephel Dúath. Todos, incluido Ugodei, se habían quedado boquiabiertos, maravillados al ver montañas de aquella altura. Después de atravesar grandes llanuras rizadas de colinas semejantes a las ondulaciones de un mar tranquilo, encontrarse con las Montañas de la Sombra no sólo les provocaba un intenso pavor, fruto de pensar que aquella pared les encerraba en una prisión gigantesca. Les hacía cuestionarse si había algo más que llanuras, pedregales y pequeños bosques de pinos en el mundo.

Hörp se encontró con el ejército de Ugodei hacia el verano. El joven explorador llevaba las noticias que le había dado Mankele, pero cuando se encontró con su caudillo ya era demasiado tarde. Aretai había huido al Este con su familia, sus posesiones y sus vasallos, buscando formar parte del estandarte del Ojo Sin Párpado. Despreciando a sus propios hermanos, había llevado a los

raqkkheps a la muerte, abandonándolos durante el invierno lo suficientemente cerca del ejército de Ugodei como para que éste pensara que iba a ser atacado. Pero sólo era una egoísta y cruel maniobra de distracción para poder huir al Oeste. Aunque todavía contaran con un gran número de guerreros, dejándolos sin capitanes y a su merced, no habían podido presentar batalla cuando la alianza de las tribus del Norte cayó sobre ellos.

De esta manera, Ugodei destruyó a su tribu natal. Y los pocos que sobrevivieron lo hicieron para odiarle. Y aunque las palabras de Lukkhoi querían animarle diciéndole que su tribu era en realidad el conjunto del pueblo Variag que poblaba las estepas, y que él estaba destinado a ser su señor, no podía abandonar la idea de que había masacrado a su propio pueblo.

Su ánimo vengativo le había llevado hasta allí con un pequeño grupo de hombres de confianza, representantes de cada una de las tribus aliadas, y sus vasallos. Las familias y el resto de guerreros quedaban atrás, a casi un día de camino. Si algo terrible les ocurría en aquellas tierras, Hörp cabalgaría hasta ellos para anunciarles su vuelta al Norte. No iba a arriesgar a su pueblo.

Habían cabalgado mucho hacia el Oeste, acercándose cada vez más a las montañas, cuando un jinete llegó a su encuentro levantando ambas manos. Ugodei recordó todo lo que había contado Hörp, con la mirada perdida de un loco. Sabía que un viaje tan largo, atravesando las llanuras en soledad, podía marchitar el juicio de un hombre. No esperaba que eso pudiera pasarle a uno de sus mejores exploradores, pero podía comprenderlo.

Sin embargo, acogió la llegada del jinete con más cautela de lo habitual. Cuando estuvo a distancia corta de tiro, le ordenó detenerse.

La tez cetrina, los ojos rasgados y la ancha cara de la que nacían largas barbas y bigotes le delataban con un Variag. Fue su acento lo que resultó extraño a Ugodei:

-Saludos, Ugodei, Pacificador de Khand. Traigo un mensaje de mi señor, más allá de las Montañas de la Sombra. No podéis continuar.

-¿Quién es tu señor? -preguntó Jhendoere-Gen con arrojo.

-Tar-Mairon, regente del País de las Sombras.

-Di a tu señor que Ugodei viaja desde el Norte acompañado de todas las tribus, que no se detendrá ante nada, y que su campamento arderá hasta convertirse en polvo -dijo Jhendoere-Gen.

El mensajero miró a Ugodei, aguardando sus palabras. Al fin llegaron:

-Busco una enseña. Un Ojo Sin Párpado. Y bajo ella busco a Aretai de los raqkkheps, para darle muerte y vengar a mi padre, a mi hermano y a mi pueblo, que por su culpa sangró hasta la muerte.

-Debéis esperar aquí -respondió el mensajero, asintiendo.

El jinete se dio la vuelta y marchó hacia las montañas, mientras Jhendoere-Gen aireaba sus intenciones de perseguirlo y darle caza. Pero Ugodei le frenó y ordenó montar el campamento. Algo le llevó a pensar que debía fiarse de aquel hombre, aunque dispuso las tiendas en posiciones defensivas, listas para emprender una huida.

Mientras esperaban, oyó el suelo tronar bajo sus pies. Agjer había explicado a los hombres que en el País de la Sombra había una montaña que escupía fuego a borbotones, brotando de la misma tierra lo haría la sangre en una herida letal. Y todos sintieron un leve estremecimiento, mientras veían el cielo teñirse de rojo con un extraño fulgor, como si una gran hoguera hubiera sido encendida en las nubes.

Aquellas tierras les hacían engendrar pensamientos sombríos. Durante la espera, nadie habló. Ni siquiera Jhendoere-Gen. Cuando los vigías anunciaron la llegada de un destacamento, los hombres parecieron salir de un silencioso embrujo. Acudieron lo más deprisa que pudieron a sus caballos, descubriendo al montar que sus piernas temblaban como apesadas por el frío.

Llegaban unos cien jinetes desde el Oeste, seguidos de no menos de veinte carretas de transporte. Encabezando la comitiva, un hombre portaba un estandarte en el que podía verse un ojo rojo sobre un lienzo negro. Desde los pies hasta la cabeza, su vestimenta estaba recubierta de placas de metal puntiagudo en las partes más expuestas.

El aspecto del jinete era terrorífico. A ojos de los Variags, acostumbrados a armaduras de cuero y mimbre, la visión del metal sobre la carne les parecía un prodigio estremecedor, un

demonio nacido de las entrañas de la tierra.

-Así que ése es su caudillo -dijo Ugodei-. El hombre que ha unido a todas las tribus del Oeste. Ha de tenernos miedo para armarse de esa forma.

-Puedo acertarle en la garganta desde aquí. Y bajo la axila -se apresuró a decir Lukkhoi, con tono tranquilo.

Los hombres que acompañaban al jinete metálico parecían Variags, aunque su frente era más tosca y su gesto más rudo. Apretaban las mandíbulas como quien oculta que ha comido algo que le estaba prohibido, y al respirar hinchaban la nariz como alguien preso de la ira. Parecían feroces, dispuestos a combatir.

El destacamento venido de las Ephel Dúath se detuvo rodeando el campamento, aunque Ugodei y sus vasallos ya se habían colocado en línea, para poner los caballos al galope sin estorbarse en caso de que hiciera falta.

El jinete de metal clavó el estandarte en el suelo con violencia y saltó del caballo, haciendo temblar el suelo al caer. El yelmo le cubría gran parte de la cara, y ascendía al cielo en forma de pequeños pináculos de metal. Sólo la boca y el mentón le quedaban al descubierto, enseñando una dentadura enferma que resultaba más propia de una bestia acostumbrada a roer huesos que de un ser humano.

-¿Eres Tar-Mairon? -dijo Ugodei. Había combatido en cientos de batallas y se había enfrentado a los hombres más poderosos de las llanuras de Khand, pero aquella siniestra figura le intranquilizaba. Incluso Hörp, que estaba en la más alejada retaguardia, con el caballo listo para llevar cualquier mensaje al resto de las tribus, notó su propio valor decaer.

-Mi nombre es Hadonur, y sirvo a la Sombra -respondió una voz profunda y sibilante, que erizó el vello de todos los Variags-. Sal de estas tierras. Ni tú ni tu insignificante ejército del Norte pueden ser rivales para mí. Puedes llevarte estas carretas como presente, para que inicies tu retorno y no flaquees en el invierno.

Aunque este último ofrecimiento parecía un acto de la cortesía, aceptarlas no suponía más una muestra de debilidad.

-He unido a todas las tribus y ahora estoy aquí, pero no marchó contra ti. Sé que entre tus filas se oculta un hombre. Aretai hijo de Baskan, de la tribu de los raqkkheps. Mi pueblo, que ahora mengua por su culpa. Es a él a quien quiero, y a todas sus posesiones.

Ugodei habló con decisión, reuniendo todo su valor para declarar sus intenciones rápidamente. No podía soportar la idea de que aquel temor que crecía en su interior le dejara sin palabras en cualquier momento. Si aquél era sólo un vasallo, no podía imaginarse qué tipo de maldad hospedaba el corazón de su señor. Entendía que las tribus del Oeste se rindieran a su poder, pero eso era algo que él jamás haría.

-Deseas demasiado poco, caudillo del Norte -dijo Hadonur, divertido. Sus palabras parecían dichas por dos hombres a la vez, con dos voces distintas.

Hadonur hizo un gesto con la mano, y dos de sus hombres adelantaron una carreta. De ella sacaron a Aretai, atado de manos y pies. Tras de él, un grupo de sirvientes en las mismas condiciones. Por último, salieron varios niños sucios y harapientos seguidos de sus madres, probablemente las esposas de Aretai, entre las que estaba Ohaoe . Reclamada por Baskan, su hijo la había heredado.

-¡Soltadle las manos! -gritó Ugodei, que notó cómo la furia le nublabla la mente.

Hadonur asintió, y sus sirvientes desataron a Aretai. El que fuera caudillo raqkkheps yacía de rodillas, desarmado. Había sido golpeado y torturado por las artes de Mordor, y su cuerpo era débil y lastimoso. Pero Ugodei parecía no percatarse, y saltó del caballo en dirección hacia él preso de la rabia más primaria.

-¡Tú deshonraste a mi padre, Ugodei! -gritó Aretai, con el pánico en los ojos-. ¡Tu deuda está saldada! ¡Yo jamás quise ser caudillo!

Ugodei no medió palabra. Parecía haber crecido en tamaño cuando se acercó a Aretai. Agarró el cuello de su enemigo con las dos manos y empezó a apretarlo con todas sus fuerzas. Los hombres formaban un corro a su alrededor.

Cuando los ojos de Aretai estaban a punto de quedarse en blanco, Ugodei le soltó. El joven, a punto de morir estrangulado, se incorporó para dar una bocanada de aire y volver a la vida, justo cuando recibió un puñetazo en la sien que le devolvió al suelo. Ugodei le clavó la rodilla en la espalda varias veces, hasta que notó crujir los huesos bajo la piel. En ese momento, Aretai lanzó un espantoso alarido de dolor antes de desmayarse.

Enloquecido, como un carroñero de las estepas que llevara meses sin alimento, Ugodei le dio la vuelta al cuerpo de su enemigo como si fuera un fardo de lanas, y con sus propias manos le abrió el pecho y le sacó las entrañas. Los hombres, especialmente los raqkkheps, vitorearon el nombre del vencedor.

Lukkhoi y Jhendoere-Gen se miraron con estupor, aguardando lo que venía a continuación. Hadonur observaba en silencio.

Con las manos hediendo y llenas de sangre, Ugodei ordenó que las esposas de Aretai le fueran presentadas. Allí, junto a su cadáver despedazado, violó una a una con ferocidad hasta casi matarlas, arrebatado por un brutal instinto de rabia.

Ohaoe fue la última. Llegó hasta él con paso tembloroso, buscando entre los jinetes la mirada compasiva de Moloji-Age para que ayudara a entrar en razón a su hermano. Ahogada en lágrimas, miró a los ojos de su propio hijo con la esperanza de que olvidara el antiguo ritual Variag y no tocara su cuerpo. Pero Ugodei ya no era un hombre, era poco más que un animal salvaje. El caudillo la golpeó en la cabeza y ella cayó de bruces. Mientras todos miraban, la tomó como lo hacen los caballos de las vastas estepas. Luego, desafió la Kvarkhira.

Hadonur se sintió divertido una vez que Ugodei hubo terminado. Los hombres gritaron su nombre y lo llamaron Caudillo de Caudillos.

Pero Ugodei no se sentía reconfortado. Su corazón ardía con la fuerza de un joven potro, pero había algo siniestro en aquel hombre, bajo el estandarte del Ojo Sin Párpado, que parecía debilitar su valentía. Pensó ordenar a Lukkhoi que le disparara, pero Hadonur empezó a hablar:

-Todos los caudillos de estas tierras han venido a mí buscando parlamento, para ofrecerme alianzas y tratos con su ejército de vagabundos y sus rebaños de cabras. Todos presumían de su valor y de su orgullo, de ser líderes fuertes y capaces militares, pero lo cierto es que han obrado por el miedo. La fortaleza más grande que ha conocido la Tierra Media está a punto de completarse. Lugbúrz, aún más alta que el mismo Orodruin, y que supera en esplendor a la olvidada Armenelos. Pero su fulgor no es dorado, sino sombrío. El orgullo de los que se dicen reyes palidece y les hace parecer niños. Y quieren unirse al Ojo para no ser aniquilados. Ahora, alimentan las minas de hierro de mi señor.

Ugodei, jadeando y confundido, miró a Hadonur en silencio.

-Sólo tú, Ugodei, aún ante el inmenso poder de Mordor, piensas presentarme batalla. Eres tú y no otro quien merece mis respetos y los de mi señor, el que merece ser llamado Caudillo de Caudillos y Señor de las Llanuras. Tu historia será contada. Eres tú a quien buscábamos para sentarse a la derecha de mi Señor. Juntos veremos el Ocaso de Occidente.

A Ugodei le pareció que la voluntad le abandonaba. Era como si, de repente, todas sus acciones le pesaran en el corazón. Sus piernas flaquearon y le pareció que perdía el equilibrio. Tambaleándose, sintiéndose desfallecer, quiso agarrarse a algo para no caer de bruces. Sus manos se encontraron con el mástil que Hadonur había clavado en el suelo al bajar del caballo, en cuya altura ondeaba el emblema del Ojo Sin Párpado. Y en él se apoyó.